

LETRAS LIBRES DE UN REPERTORIO AMERICANO.
HISTORIA DE SUS REVISTAS LITERARIAS

**LA REVISTA *LIBRE* EN LA ENCRUCIJADA:
ENTRE LA AUTONOMÍA ESTÉTICA
Y LA REVOLUCIÓN POLÍTICA**

Jaume Peris Blanes

Universitat de València

La breve existencia de la revista *Libre* coincidió con uno de los momentos de mayor tensión y conflicto vividos en el seno del campo cultural latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX. La revista, publicada en París en los años 1971 y 1972, consiguió reunir a algunos de los escritores latinoamericanos de mayor prestigio internacional (Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez) con miembros destacados del exilio español (Juan Goytisolo, Jorge Semprún) y colaboradores de talla europeos y norteamericanos (Jean Paul Sarte, Jean Genet, Susan Sontag).

Juan Goytisolo fue, sin duda, el principal valedor del proyecto y quien lo puso en marcha tras encontrar una inmejorable fuente de financiación en Albina de Boisruevray, joven adinerada e identificada ideológicamente con la izquierda revolucionaria¹. La revista contó, a propuesta de Gabriel García Márquez, con Plinio Apuleyo Mendoza como jefe de redacción, y con Grecia de la Sobera como secretaria, y tuvo su sede en un estrecho local

¹ No hay duda de que la recurrencia al mecenazgo chocaba con la ambición de modernización cultural de *Libre* –lo ha subrayado Claudia Gilman (vide. 1996)-, pero a pesar de todo suponía la posibilidad de prescindir de tutelajes partidarios y de evitar ser identificada con algún proyecto político concreto.

parisino, en el 26 rue de Bièvre, a pocos metros del Sena. Sin embargo, el altísimo prestigio literario de sus editores y colaboradores no sirvió para consolidar un proyecto editorial que solamente consiguió publicar cuatro números y que, para muchos de sus integrantes, constituyó un sonoro fracaso.

El fracaso de un proyecto editorial y creativo de tal envergadura debe explicarse como un síntoma del estado tensional de la literatura latinoamericana a principios de la década de los 70. Tensión, en primer lugar, entre diferentes ideologías literarias en pugna y entre diversas formas de entender la naturaleza de la producción literaria. Pero sobre todo, y en segundo lugar, tensión entre diferentes concepciones del rol del intelectual y de su función posible en los procesos revolucionarios. No por casualidad, buena parte de los conflictos de la 'familia intelectual latinoamericana' tuvieron como objeto la diferente posición que cada intelectual mantuvo con respecto a la revolución cubana.

La revolución cubana había producido una transformación global en la cultura latinoamericana, erigiéndose en referente fundamental de los intelectuales de izquierda y amplificando las expectativas de cambio social y cultural que éstos habían encarnado durante las décadas anteriores (Franco 2003, pp. 119-158). Y en ese contexto eufórico se había producido un intenso debate sobre la propia función de la cultura latinoamericana y el intelectual que modificó sustancialmente sus representaciones y su valor en todo el continente.

Al principio de los años sesenta el concepto sartreano de 'compromiso' sirvió para aglutinar y legitimar posiciones intelectuales muy diferentes; sin embargo, la reflexión sartreana carecía de un programa de acción concreto más allá de unas mínimas directrices de adhesión política que no involucraban necesariamente las competencias específicas del escritor. Por ello, las res-

puestas a los interrogantes que abría la politización de la escritura no fueron homogéneas. En líneas generales, y siguiendo la propuesta de Claudia Gilman, pueden detectarse dos grandes lecturas al problema del compromiso, que poco a poco fueron consolidándose como dos concepciones casi antitéticas de la literatura: una de ellas interpretó el compromiso desde una clave realista y la otra desde lo que podríamos llamar una perspectiva neo-vanguardista.

Los defensores del compromiso de la obra en clave realista acentuaron el poder comunicativo y la influencia de la obra de arte sobre la conciencia de los lectores. Los defensores de la tradición de la ruptura [vanguardistas] afirmaban la paridad jerárquica de la serie estética y la serie política; planteaban como su tarea la de hacer 'avanzar' el arte del mismo modo que la vanguardia política hacía 'avanzar' las condiciones de la revolución, y también formulaban que el compromiso artístico-político implicaba la apropiación de todos los instrumentos y conquistas del arte contemporáneo (Gilman, 2003, p. 144).

En la segunda mitad de los sesenta, sin embargo, las exigencias revolucionarias fueron ejerciendo una presión cada vez más intensa sobre los escritores, y en poco tiempo la figura del escritor comprometido fue sustituida por la del escritor revolucionario, que debía asegurar en el espacio de la acción política su compromiso con la causa revolucionaria. En ese nuevo contexto, cada vez más virulento, la capacidad transformadora de la producción cultural se vio seriamente cuestionada, y los intelectuales se vieron presionados para trasladar a una acción práctica su compromiso con la revolución. Surgió poco a poco lo que se ha dado en llamar un imaginario anti-intelectual, que cuestionaba la eficacia y la capacidad performativa de los intelectuales, en com-

paración con la de la lucha armada. La muerte del Che Guevara en 1967 vino a acentuar esa comparación entre los hombres de acción y los intelectuales y a apuntalar la escalada y la consolidación del imaginario anti-intelectual en Cuba.

En ese contexto, aquella línea de escritores que, de acuerdo a la clasificación anterior, podríamos definir como neo-vanguardistas, vio seriamente cuestionada su concepción de la literatura y su paridad jerárquica con la serie política. Lo que el imaginario anti-intelectual deslegitimaba era precisamente aquello en lo que se fundaba su posición estética y epistemológica: las competencias específicas del escritor como factor de transformación social.

El nacimiento de *Libre* entre 'el cabildeo y el compromiso'

En ese ambiente cultural enrarecido, de crisis de la figura del intelectual, surgió la revista *Libre*, con la intención no disimulada de disputar la hegemonía cultural a la revista cubana *Casa de las Américas* (Gilman 1996, p. 11). Es por ello que, en diferentes momentos, se le acusará de continuar el lugar cultural que había desempeñado *Mundo Nuevo* (Mudrovic, 1997): reivindicar la autonomía del discurso literario en el momento en que se sentía amenazada por la politización extrema del campo cultural e, incluso, en el caso cubano, por su subordinación a un proyecto político concreto.

Goytisoló, la cabeza visible del proyecto, escribiría años más tarde un famoso texto sobre *Libre*, cargado de amargura (1986, pp. 155-198), en el que señalaba que el objetivo fundamental de la revista había sido la 'desmilitarización' de la cultura latinoamericana y el 'apoyo crítico' a Cuba (p. 158). Sin duda, la

cuestión cubana se halló siempre en el centro, pero Goytisolo subrayaba, además, la cercanía del proyecto con otros procesos políticos contemporáneos:

“nos pusimos de acuerdo en la orientación y opciones de *Libre*: apoyo a la experiencia socialista de Allende y movimientos de liberación de América Latina; sostén crítico a la revolución cubana; lucha contra el régimen franquista y demás dictaduras militares; defensa de la libertad de expresión dondequiera que fuese amenazada; denuncia del imperialismo americano en Vietnam y soviético en Checoslovaquia” (1986, pp. 177-8).

Sorprende un poco que, al definir las opciones de *Libre*, Goytisolo aludiera, fundamentalmente, a su posicionamiento ante los conflictos políticos del momento, sin vincularlo con una determinada visión de la escritura literaria, ya que esta iba a desempeñar un rol crucial en su desarrollo. Pero no por casualidad, la realidad cubana iba a tener un papel central en su argumentación. Efectivamente, en relación con Cuba se proponía un doble movimiento: en primer lugar, evitar su aislamiento cultural, propiciando el diálogo entre Cuba y la izquierda europea no comunista; en segundo lugar, reforzar la posición de aquellos intelectuales que, en el interior de Cuba, luchaban por la libertad de expresión y la democratización.

Efectivamente, en la constitución del proyecto fue fundamental definir una posición con respecto a Cuba. La posible inclusión de Guillermo Cabrera Infante en la nómina de colaboradores llevó a una tirante discusión entre, por un lado, Goytisolo y Vargas Llosa, a favor de incluirlo, y, por el otro, Julio Cortázar, que interpretó su presencia como una provocación a las autoridades cubanas. Es por ello que, años después, Goytisolo sinteti-

zaría así el ambiente de tensión en el que nació la revista: “*Libre* nació fruto del cabildeo y el compromiso” (1986, p. 160). Curiosamente, esa tensión interna en el interior del grupo no derivaba de sus ideologías literarias, sino de posiciones estratégicas diferentes ante el problema cubano².

En mayo de 1971, cuando el primer número de la revista se hallaba listo para la imprenta, estalló en Cuba el ‘caso Padilla’ y, con él, se llegó a un punto máximo de cuestionamiento de la autonomía literaria por las instituciones culturales cubanas. Como es sabido, algunos de los editores de *Libre* fueron actores principales en la polémica internacional con las autoridades cubanas, tanto por firmar las cartas acusatorias contra Fidel Castro como por ser los destinatarios de los ataques verbales del líder revolucionario, que en el I Congreso de Educación y Cultura (30 de abril 1971), les tachó de “basuras” y “locos de remate”, llevando a un punto límite un conflicto que, sin embargo, se había fraguado mucho antes.

En un gesto que revelaba la importancia del problema, la revista *Libre* decidió retrasar la salida del primer número hasta otoño e incorporar en él un dossier completísimo con todos los documentos sobre el caso Padilla. El dossier, de más de cincuenta páginas, incluía su texto autoinculpatorio y la transcripción de la ceremonia de ‘autocrítica’, así como las reacciones de intelectuales, escritores y autoridades políticas de América Latina; entre ellas, las de los propios editores y colaboradores de *Libre* que destacaban por su diversidad e incluso, en algunos casos, por su directa oposición: desde la denuncia directa de Vargas Llosa hasta el ambiguo poema de Cortázar y el razonamiento exculpatorio

² En la *Historia personal del boom*, de José Donoso y, especialmente, en el apéndice de María Pilar Donoso “El boom doméstico” (1998, pp. 139-206), puede hallarse un detallado relato de las circunstancias que rodearon la creación de la revista en la casa de Cortázar en Saignon.

de García Márquez³. La revista trataba, pues, de situarse editorialmente en un espacio de equilibrio entre posiciones muy diversas; pero desde el primer número se hacían bien visibles las divergencias internas que atravesaban al grupo de intelectuales que la habían ideado.

El índice del primer número, de septiembre⁴, octubre y noviembre de 1971, es sintomático de esa posición de negociación y tensión interna, pero también de construcción de una estrategia argumentativa coherente destinada a instalar una ideología literaria determinada en el campo cultural latinoamericano. De forma curiosa, tras la presentación de los editores, el número se abría con una serie de textos del Che Guevara, algunos de ellos inéditos, presentados por Carlos Franqui (I, pp. 6-18). Se trataba de textos diversos sobre el valor, sobre la moral revolucionaria e incluso una carta dirigida a Fidel Castro. Pero todos ellos se inscribían en el terreno de la reflexión política, no en el ámbito de la crítica cultural o el pensamiento literario.

En ese mismo número, se publicaba, en una impresionante serie de inéditos, *Lugar llamado Kindberg* de Cortázar (I, pp. 46-50), fragmentos de *Terra Nostra* de Fuentes (I, pp. 51-63) y del *Mono gramático* de Paz (I, pp. 64-66), así como un estudio de Vargas Llosa sobre *El novelista y sus demonios* (I, pp. 38-45). La apues-

³Escribiría con gran dureza, años más tarde, Goytisolo: "La entrevista de Julio Roca a García Márquez es un prodigioso ejercicio de saltimbanqui cuyo virtuosismo impone la admiración ya que no el respeto. Pero la palma de lo deleznable y grotesco corresponde -ahora como entonces- a la famosa *Policrítica en la hora de los chacales*" (1986: p. 192). Puede hallarse un análisis detenido de la respuesta de Cortázar en Peris Blanes (2009).

⁴ En 1990, se reeditaron los cuatro números de Libre en una edición facsimilar conjunta de El Equilibrista en Méjico y Ediciones Turner en Madrid, con introducción de Plinio Apuleyo Mendoza. Para este trabajo se ha consultado dicha edición, pero en las referencias consignamos, tras cada cita, el número del volumen y página originales.

ta era clara: todos esos escritores eran, en la época, también reconocidos por sus ensayos políticos, sus textos sobre cultura y sociedad y sus argumentos sobre literatura y política; pero sin embargo, la revista recogía únicamente su vertiente creativa, y en su dimensión más despolitizada. *Libre* sellaba así una de sus líneas de sentido fundamentales: los políticos escribían de política y los escritores creaban ficciones o crítica literaria.

Esa separación era solidaria, en realidad, de una concepción de la relación entre literatura y política que venía de lejos, pero que *Libre* trató de consolidar en el momento en el que sus integrantes sintieron que estaba en peligro. Una concepción según la cual la literatura y la política constituirían series paralelas y autónomas, pero no subordinadas la una a la otra: al igual que la vanguardia política debía hacer avanzar la sociedad, la vanguardia literaria debía hacer avanzar las técnicas y procedimientos de la literatura.

En ese sentido, la publicación de los textos de Che Guevara no debe llevarnos a engaño: no se trataba de asumir su crítica a los intelectuales ni la necesidad de un nuevo tipo de cultura en el que la intelectualidad no tendría lugar, sino de todo lo contrario. Sus textos eran utilizados para subrayar la autonomía del campo literario en el momento en que esta estaba siendo seriamente amenazada, del modo más evidente posible: separar radicalmente la esfera política de la esfera literaria en la propia elaboración de los índices de cada número. Una forma eficaz y simbólicamente productiva de subrayar la profesionalización y especialización discursiva de los creadores literarios, y su renuncia a subordinar su productividad a las exigencias de la esfera política.

Hacia una revolución crítica e integral

El primer número de la revista incorporaba una presentación en la que se exponían los puntos centrales del programa intelectual de la revista. En primer lugar, el texto aludía a la necesidad de crear un espacio de circulación cultural transcontinental, situando el problema de la atomización de los mercados culturales en un lugar central de su proyecto.

La balcanización latinoamericana, mantenida a toda costa por el imperialismo y los regímenes a su servicio (y también, desgraciadamente, por un nacionalismo a ultranza) hace que ninguna revista publicada en un país latinoamericano llegue en cantidades apreciables al público de los otros países; confiamos en que la fórmula de *Libre* permita propagar ampliamente la obra de nuestros escritores (I, p. 2).

Se trataba de una aspiración bien lógica, pues el mercado cultural era la base del capital cultural de los autores que encabezaban el proyecto de *Libre*, frente al capital fundamentalmente político que sostenía el prestigio de aquellos con quienes se jugaban la hegemonía (Gilman 1996, pp. 11-2).

En segundo lugar, la introducción aludía a la necesidad de plantear de un 'modo crítico' la exigencia revolucionaria que había ganado al conjunto de la cultura latinoamericana en los últimos años.

Las circunstancias existentes en América Latina y en España reclaman con urgencia la creación de un órgano de expresión común a todos aquellos intelectuales que se plantean de modo crítico la exigencia revolucionaria. *Libre*, publicación trimestral de financiación absolutamente independiente, dará la palabra a los

escritores que luchan por una emancipación real de nuestros pueblos, emancipación no sólo política y económica, sino también artística, moral, religiosa, sexual (I, p. 2).

¿Qué significaba, en ese contexto, el componente crítico de la experiencia revolucionaria? Las últimas líneas del párrafo daban una pista para entenderlo: la revolución no debía darse únicamente en el terreno político, sino en todas las esferas de la vida social e individual. Más allá de la declaración de principios que implicaba unificar en un mismo sintagma la revolución política y la revolución sexual, ese fragmento debe entenderse como una crítica implícita a la deriva represiva de la revolución cubana y de los regímenes socialistas de la órbita soviética. Dicho de otro modo: la libertad de expresión, la libertad sexual y la libertad individual no debían ser subordinadas a las exigencias de la revolución estatal.

No hay duda de que el editorial de *Libre* estaba incidiendo, de esa manera, en uno de los debates centrales de la intelectualidad latinoamericana de la época: el que atañía a la relación entre la práctica revolucionaria y las libertades individuales. La oposición implícita que ese planteamiento diseñaba frente a las autoridades cubanas abría la puerta a otra forma de leer la revolución posible, que encontraba un eco en la amplia cobertura que *Libre* dio a tres procesos políticos muy concretos: el caso de la Unidad Popular chilena, que había llegado al poder por la vía democrática en 1970; el caso del MAS venezolano, que abogaba por una vía no insurreccional para llegar al poder ; y el caso de Jorge Semprún –que era miembro del consejo de redacción y coordinaría el segundo número de la revista- y Fernando Claudín –a quien se entrevistaba ampliamente en el segundo número-, que se habían enfrentado a la dirección del PCE en el exilio, buscando una

nueva estrategia que rompiera con la influencia soviética en el partido. Esa triple filiación, además, subrayaba una de las apuestas más claras de la revista *Libre*: la lucha contra el sistema capitalista debía ir acompañada de una lucha por la libertad de expresión en el interior de los países socialistas.

En la actual división del mundo en bloques rivales, *Libre* se propone luchar contra la injusticia fundamental del sistema capitalista, particularmente en su bárbara explotación del tercer mundo, así como ha de luchar por la libertad de expresión y la auténtica democracia toda vez que le parezcan amenazadas dentro de cualquiera de los países socialistas. *Libre* se propone una labor revolucionaria en todos los planos fundamentalmente accesibles a la palabra: el 'cambiar el mundo' conforme al propósito de Marx, y el 'cambiar la vida' según el anhelo de Rimbaud (I, p. 2).

Esa última frase resumía de un modo contundente las aspiraciones más profundas de *Libre*. La elección de Rimbaud para aludir a la revolución vital y no, por ejemplo, a Marcuse o a cualquiera de los filósofos de la liberación en boga a principios de los setenta, tenía un sentido estratégico muy coherente con lo anteriormente expuesto. Si la filosofía económica y política era el espacio adecuado para repensar las relaciones sociales y ofrecer alternativas al capitalismo, la literatura aparecía conceptualizada como el espacio específico para redefinir las coordenadas vitales.

La literatura, a través de un icono de la experimentalidad poética como Arthur Rimbaud, aparecía como un espacio con leyes específicas, diferenciado del pensamiento político por su funcionamiento pero que, en realidad, era un espacio constitutivamente político, en la medida en que su objetivo fundamental era modificar la existencia. Ese era, pues, un hábil procedimiento

para intervenir en el debate sobre la performatividad del trabajo intelectual, que estaba siendo cuestionado en buena parte de los debates culturales en América Latina. Por un lado, señalaba la paridad jerárquica entre Marx y Rimbaud, resaltando la especificidad de sus propuestas y la no subordinación de la una a la otra. Por otro, subrayaba el potencial transformador de la literatura experimental, cuyo objetivo era, en última instancia, modificar la realidad y la experiencia del mundo de los lectores.

Frente a esa propuesta de una integralidad revolucionaria, que atravesara todos los ámbitos de la vida, se aludía como contraste a la estrechez de miras de buena parte del campo cultural, al que se acusaba de burocratizado y que, por tanto, interpretaba la experimentación literaria y vital como una amenaza a la militarización cultural.

En nuestro tiempo resulta muy difícil hacer una revista abierta a las formas más variadas y avanzadas de creación; automáticamente surge el reproche de 'eclecticismo', cuando no de 'escapismo', por partes de sectores cuya idea del compromiso del escritor tiene siempre algo de castrense, cuando no de burocrático (I, p. 2).

Literatura y política: esferas paralelas pero no subordinadas

El segundo número de la revista, coordinado por Jorge Semprún (diciembre de 1971, enero y febrero de 1972) daba un nuevo giro en esa redefinición de la relación entre la esfera literaria y la esfera política. Tras el dossier sobre el caso Padilla que centraba el número anterior, ahora la revista encargaba a una serie de politólogos un debate sobre "Libertad y socialismo" que implícitamente trataba de resituar la problemática del intelectual

con respecto al Estado. Si en la polémica que siguió al 'caso Padilla' los escritores profesionales habían desempeñado un rol crucial, ahora *Libre* encargaba a profesionales del pensamiento político que abordaran desde sus presupuestos la relación entre los procesos revolucionarios y la libertad de expresión. El cuestionario al que debían responder era el siguiente:

- a) ¿Debe exigírsele al escritor de un país socialista que sus libros tengan un contenido revolucionario específico o reflejen al menos en cierta manera positiva la nueva realidad política y social en la que vive? ¿Debe reconocérsele una libertad previa de creación sin ninguna suerte de exigencia previa?
- b) El marxismo-leninismo reconoce la conveniencia de la crítica y el debate como medio de superar las contradicciones que vayan presentándose en una sociedad socialista. ¿Hasta dónde puede llegar la libertad de crítica? ¿Las instituciones existentes ofrecen medios válidos para que esta pueda ejercerse?
- c) Teóricos marxistas advierten un fenómeno (...): el excesivo centralismo administrativo, que asfixia la iniciativa de la clase obrera en la gestión de la economía y consolida el poder de la burocracia (...). Formas de represión y autoritarismo, que a falta de mejor denominación se conocen como stalinismo, son expresiones típicas de tal situación. Se observa también que las tendencias represivas propias de la burocracia tienden a entrar en conflicto con los sectores intelectuales, cuya formación y nivel de cultura los hace más sensibles a los problemas de la democratización socialista. ¿Cuál es su concepto sobre esta apreciación?

- d) En el terreno legal, ¿existen definiciones aceptables del delito contrarrevolucionario y procedimientos adecuados para juzgarlo? (II, p. 4).

Como puede verse, a pesar de orientación teórica, las preguntas aludían implícitamente al conflicto de los intelectuales con las autoridades cubanas, y a la posibilidad de redefinir la práctica intelectual revolucionaria a partir del concepto de 'libertad de creación'. Los cuatro intelectuales consultados -Fernando Claudín (II, pp. 5-8), Carlos Franqui (II, pp. 9-10), Salvador Garmendia (II, pp. 11-12) y Freddy Muñoz (II, pp. 13-16)- mantuvieron posturas diferentes ante el problema e incluso uno de ellos, Salvador Garmendia, impugnó claramente las preguntas, tachándolas de equívocas y manipuladoras: "El tono burocrático de la encuesta se espesa hasta la repelencia..." (II, p. 12). Además de esa variedad de posicionamientos, que la revista no ocultó, había dos elementos muy significativos en ese debate.

En primer lugar, la voluntad de pasar de la inmediatez del caso práctico a una reflexión teórica sobre la relación entre el proceso revolucionario y el rol de los intelectuales. No había, por parte de la revista, voluntad de zanjar una crisis que, sin duda, había acarreado a sus integrantes una importante tensión con el campo cultural latinoamericano que, en muchos casos, había derivado a una ruptura definitiva con algunos círculos intelectuales de gran prestigio. Ello indica hasta qué punto la redacción de la revista entendía el conflicto entre Estado y libertad de creación como uno de los puntos críticos fundamentales que debía abordar el socialismo internacional.

En segundo lugar, el desplazamiento de la discusión hacia la esfera de la filosofía marxista implicaba, también, un despla-

zamiento en la naturaleza de sus actores: el prestigio de los nombres convocados se debía más a su activismo político marxista que a su creatividad artística, salvo en el caso especial de Garmendia. Esa apuesta por la especialización discursiva tenía su confirmación en los textos sobre literatura, los firmados por Juan Goytisolo (II, pp. 33-41) o Ángel Rama (II, pp. 41-47) y en una interesante recopilación de textos creativos -Blanco White (II, pp. 47-78), Severo Sarduy (II, pp. 89-99), Daniel Moyano (II, pp. 104-107), Carlos Barral (II, pp. 79-88)-. Esa disposición era, pues, coherente con la idea de establecer, en el interior de la revista, dos series diferenciadas, relacionadas pero no subordinadas, entre la literatura y la política. Los escritores hablaban de literatura y los politólogos y filósofos de política⁵.

Aunque este aspecto fuera primordial no se trataba, únicamente, de la organización del índice: a pesar de la especialización profesional y discursiva de sus colaboradores, casi todos ellos incidían en una idea fundamental, nuclear en la ideología literaria que, no sin contradicciones ni tensiones, estaba contribuyendo a expandir y consolidar la revista *Libre* desde su mismo título: la necesidad de libertad y experimentación creativa como condición necesaria para el advenimiento de una verdadera transformación social. Si las intervenciones de Claudín y Franqui, en el dossier político, habían hecho hincapié en esa idea desde el punto de vista de la organización social, Juan Goytisolo

⁵ Solo el texto de Carlos Fuentes sobre "La disyuntiva mexicana" (II, pp. 21-32) impugnaba, en el segundo número, esa dicotomía. En cualquier caso, su repaso de los efectos socio-culturales de los acontecimientos de 1968 incorporaba un importante arsenal de referencias literarias y culturales y su análisis se articulaba, en buena medida, sobre una serie de metáforas muy literaturizadas. Se trataba, sin duda, de un artículo político y sobre política, pero escrito en un tono muy diferente al de los desarrollos teóricos de los politólogos convocados en el mismo número.

lo reafirmaba desde el punto de vista del análisis literario, en su artículo 'La novela española contemporánea' (II, pp. 33-40):

Tanto la praxis de los formalistas rusos como el desenvolvimiento de la lingüística a partir de la publicación póstuma de los cursos de Ferdinand de Saussure nos enseña que las palabras no son los nombres dóciles de las cosas sino que forman una entidad autónoma, regida por sus propias leyes. (...) Cuando la vida entra en la literatura se convierte a su vez en literatura y hay que juzgarla como tal. Por eso, si hablamos de 'novela social española' y pretendemos juzgar el valor de sus frutos no por su relación con las restantes obras del género sino en la medida en que reflejan aspectos interesantes de la sociedad española contemporánea, esto, mediante un recurso a hecho heterogéneos al hecho estudiado, rompemos 'la jerarquía de valores de la estructura objeto de nuestro estudio' (II, p. 33).

En ese y otros textos críticos anidaba una ideología literaria muy definida y que separaba tajantemente el objeto de estudio 'literatura' del objeto de estudio 'política y sociedad'. No se trataba de negar las relaciones entre literatura y sociedad, ni entre literatura y política, sino de establecer que el hecho literario era, en sus propias características internas, una acción política, y que por ello la acción más radical que podía darse en el terreno literario era la experimentación consciente con los propios formantes de la escritura:

La literatura en tanto lenguaje, es siempre, entre otras muchas cosas, un hecho social, y aún aquel sector de ella caracterizado por el propósito de centrar la atención, no sobre lo designado, sino sobre el mismo signo mismo no puede prescindir totalmente de las funciones de representación, expresión y llamada inheren-

tes al lenguaje común. Pero conviene no perder de vista el axioma de Eikembaum cuando, oponiéndose a los abusos de la crítica histórica y sociológica, precisaba que 'el objeto de la ciencia literaria debe ser el estudio de las particularidades específicas de los objetos literarios que las distingue de cualquier otra materia' (Goytisolo II, p. 33).

En 1971, en pleno debate sobre la relación entre literatura, intelectual y revolución, las palabras de Goytisolo suponían una crítica directa y apenas solapada a las figuraciones del intelectual promovidas por los aparatos culturales cubanos y esgrimidas, en cierta medida, por la revista de *Casa de las Américas*. Constituía, pues, un intento explícito de disputar la hegemonía cultural a esta no tanto en el terreno puramente político como en el de la ideología literaria y la conceptualización del hecho literario y la función del intelectual.

Un cierre melancólico: *Libre* como metonimia del campo intelectual

El tercer número de la revista, coordinado por Teodoro Petkoff y Adriano González León y correspondiente a los meses de marzo abril y mayo de 1972, ahondaba aún más en esta idea, a través de dos bloques principales, uno de literatura y otro de discusión política.

El bloque literario lo abría una entrevista de Plinio Apuleyo Mendoza a García Márquez, (III, pp. 4-15), que giraba casi exclusivamente sobre temas literarios y biográficos, influencias literarias y procesos de escritura. Casi al final, sin embargo, aparecía como problema el conflicto entre su adhesión al socialismo

y su actitud crítica con respecto a la Unión Soviética⁶, pero la entrevista no daba demasiado espacio a la problemática del rol del intelectual ni su relación con los aparatos revolucionarios, que había sido motivo de reflexión en los números anteriores. Le seguía una entrevista a Jorge Luis Borges (III, pp. 16-21) y un artículo de Freddy Téllez sobre “Lezama Lima o el juego de la escritura” (III, pp. 22-27). Lezama y Borges constituían, sin duda, ejemplos de escritura que, en el convulso contexto de 1972, suponían una apuesta declarada por una ideología literaria neovanguardista, muy alejada de los presupuestos culturales defendidos por los aparatos revolucionarios.

El bloque político lo constituían cuatro artículos sobre el proceso revolucionario-militar peruano (III, pp. 35-44 y 44-52), el neocolonialismo en Puerto Rico (III, pp. 53-70) y la renovación del marxismo en Venezuela (III, pp. 29-34). En ningún momento se aludía, pues, a la situación en Cuba, aunque sí indirectamente a la burocratización de los procesos revolucionarios. Efectivamente, el artículo de Pompeyo Márquez sobre el MAS se titulaba explícitamente “Del dogmatismo al marxismo crítico” (III, pp. 29-34) e incluía una reflexión pormenorizada sobre el dogmatismo del comunismo venezolano y la emergencia de dinámicas aperturistas en los partidos comunistas latinoamericanos. Se trataba de una lógica implícita presente desde el primer número de

⁶ Contestaba García Márquez a una de las preguntas: “Lo que pasa es que esos trueques sin escrúpulos son apenas síntomas de un sistema que se parece cada vez menos al socialismo. Pero a pesar de eso yo sigo creyendo que el socialismo es una posibilidad para América Latina, y que hay que tener una militancia más activa. Yo intenté esa militancia en los comienzos de la revolución cubana, y trabajé con ella, como recuerdas, unos dos años, hasta que un conflicto transitorio me sacó por la ventana. Eso no alteró en nada mi solidaridad con Cuba, que es constante, comprensiva y no siempre fácil, pero me dejó convertido en un francotirador desperdigado e inofensivo” (III, p. 14).

Libre: la reflexión sobre los proyectos del MAS venezolano o la Unidad Popular chilena permitían llevar a cabo una crítica implícita de la burocratización y militarización cultural cubana sin tener que nombrarla directamente.

El cuarto y último número⁷ seguía, en grandes líneas pero con una notable excepción, la lógica del tercero. Coordinado por Mario Vargas Llosa, contaba con tres grandes bloques de artículos. El primero, dedicado a la creación literaria, incluía textos inéditos de Bryce Echenique (IV, pp. 12-31), Fernando del Paso (IV, pp. 32-45) y Salvador Garmendia (IV, pp. 46-49). El segundo, dedicado a artículos ensayísticos, incorporaba una reflexión sobre el Inca Garcilaso (IV, pp. 51-57), sobre las Panteras Negras (58-62) y otra sobre la pornografía (IV, pp. 63-68). El tercero, un dossier sobre la liberación de la mujer (IV, pp. 79-112) en el que Rosana Rossanda, Susan Sontag, Marta Lynch, Françoise Giroud, Blanca Varela y Jean Franco respondían a un cuestionario de la revista. Ese dossier rompía con la lógica de la separación entre politólogos y escritores diseñada en los números anteriores, recurriendo a figuras públicas híbridas, prestigiosas en tanto escritoras y en tanto pensadoras.

Pero, sobre todo, el número se abría con una extensa entrevista a Jean-Paul Sartre (IV, pp. 3-11), una de las figuras faro en el panorama cultural de los sesenta y setenta y uno de los grandes referentes de la reflexión sobre el intelectual en la que la revista trataba de incidir. Su presencia era, sin duda, una vuelta al debate sobre la función del intelectual que había dominado el primer número pero que parecía haber desaparecido en el tercero, como fruto de las tensiones vividas por la revista. La entrevis-

⁷ En la nómina de colaboradores de ese número ya no constaron Julio Cortázar ni Francisco Urondo, como resultado de las tensiones cada vez más evidentes entre el grupo de intelectuales que habían apoyado la creación de la revista.

ta a Sartre suponía, además, un conjunto de reflexiones de gran valor, algunas de las cuales entraban en franca contradicción con la línea de intervención defendida por la revista.

Por una parte, el Sartre del momento estaba profundamente desencantado del proceso soviético y denunciaba la burocratización del partido y del Estado y su profunda desconexión de las masas trabajadoras. Esa apreciación sintonizaba, sin duda, con la crítica a los partidos comunistas tradicionales que venía propugnando la revista desde su nacimiento. Pero por otra parte, y en cuanto a la función del intelectual, Sartre proponía lo siguiente:

En todo caso, el intelectual es un hombre del pueblo como cualquier otro. No tiene por qué aislarse. Debe estar movido por los mismos sentimientos que los demás. Si el número de alojamientos, por ejemplo, es insuficiente, no basta denunciar la política oficial; es mucho más interesante ocupar de hecho los departamentos vacíos. Hay, pues, formas de acción concretas en las que el intelectual puede participar. En el caso de los alojamientos que cito, puede promover las ocupaciones forzosas, permanecer en el sitio ocupado si hay riesgo de desalojo policial, etc... (IV, p. 9).

Ese planteamiento chocaba directamente con la reivindicación de las competencias específicas y profesionales del escritor que la revista había llevado a cabo desde el principio. Y buena parte del razonamiento de Sartre iba a ir en esa dirección:

Pienso que el intelectual revolucionario, en un país que ha hecho la revolución, puede, en un momento dado, hacer a favor de ella algo más útil que escribir novelas o poemas. Desde el punto de vista del revolucionario, el éxito de la revolución cuenta por encima de cualquier cosa. Un hombre que pueda decir: he contribuido a hacer una sociedad revolucionaria, tiene razón de estar

más satisfecho que aquel que ha escrito un buen poema. Son cosas completamente distintas, de acuerdo, pero de todos modos, en la medida en que lo real prima, es preciso ponerse ante todo a la disposición de la sociedad, lo que no excluye, naturalmente, el derecho a la crítica (IV, p. 9).

Como puede verse, la intervención de Sartre apuntaba en sentido diametralmente opuesto a la línea de argumentación que había sostenido la revista desde su creación y, de un modo indirecto, se alineaba con algunos de los planteamientos anti-autonomistas contra los que *Libre* estaba explícitamente luchando⁸.

La presencia en su último número de este texto revela, al menos, dos cosas. En primer lugar, que la experiencia de *Libre* tuvo lugar en un ambiente intelectual de lucha contra el dogmatismo y alimentado por una seria voluntad del diálogo que le llevaba, incluso, a integrar en sus páginas argumentos absolutamente contrarios a las tesis defendidas por la revista. En segundo lugar, que en el espacio tensional en el que se articuló la propuesta de *Libre*, las posiciones en el debate sobre el rol del intelectual eran móviles, sujetas a la coyuntura y muy difíciles de definir y que un mismo intelectual podía defender, en momentos

⁸ En el tramo final de la entrevista y siguiendo esa línea de argumentación, Sartre se refería, requerido por sus entrevistadores, al caso Padilla: “Estoy demasiado lejos de los acontecimientos para darles un juicio definitivo. Tengo la impresión, sin embargo, de que ciertos hechos como el ‘affaire Padilla’ revelan un control de la cultura que no existía cuando yo estuve allí. Había una forma de auto-censura, de la cual se me hablaba, pero no esta especie de descomposición cultural que parece advertirse hoy, esto es, el que haya podido ocurrir una escena como la autocritica de Padilla sin que la gente prorrumpiera en carcajadas” (IV: p. 10).

diferentes, posiciones casi opuestas de la relación entre el trabajo cultural y la práctica revolucionaria⁹.

Esa situación de tensión permanente y de creciente virulencia condicionó al proyecto de *Libre* desde el exterior, convirtiéndolo en blanco de críticas y de una importante presión, pero también desde el interior. Efectivamente, la conflicto de posiciones con respecto al rol del intelectual y, especialmente, con respecto a la política cultural cubana, convirtió a la redacción de la revista en un espacio de negociación continua que no solo acabó con las relaciones de amistad entre muchos de sus colaboradores sino con la posibilidad de articular un proyecto crítico y estético que pudiera disputar la hegemonía cultural de la izquierda a la revista *Casa de las Américas*. Explicó con amargura Goytisolo:

Los cuatro números que aparecieron (...) contienen sin duda creaciones y ensayos valiosos y encuestas y entrevistas ejemplares: pero, asimismo, textos y artículos fruto evidente de un compromiso cuya lectura actual me avergüenza. Dichos acomodados y parches resultarían a la postre inútiles (1986, p. 194).

La experiencia de aquellos meses de *Libre* me reveló así que el alto grado de conciencia artística de alguno de mis colegas no correspondía necesariamente con el de su rigor intelectual y moral (1986, p. 197).

⁹ Era, sin duda, el caso de Sartre, que anteriormente se había convertido en el gran referente de la 'escritura comprometida' señalando que la palabra literaria era en sí un modo de acción y que, por tanto, la forma más eficaz de intervención cultural era la propia escritura literaria. Sin embargo, a finales de los sesenta había cuestionado sus propios postulados y puesto en cuestión la efectividad de la acción cultural en el contexto de la práctica revolucionaria.

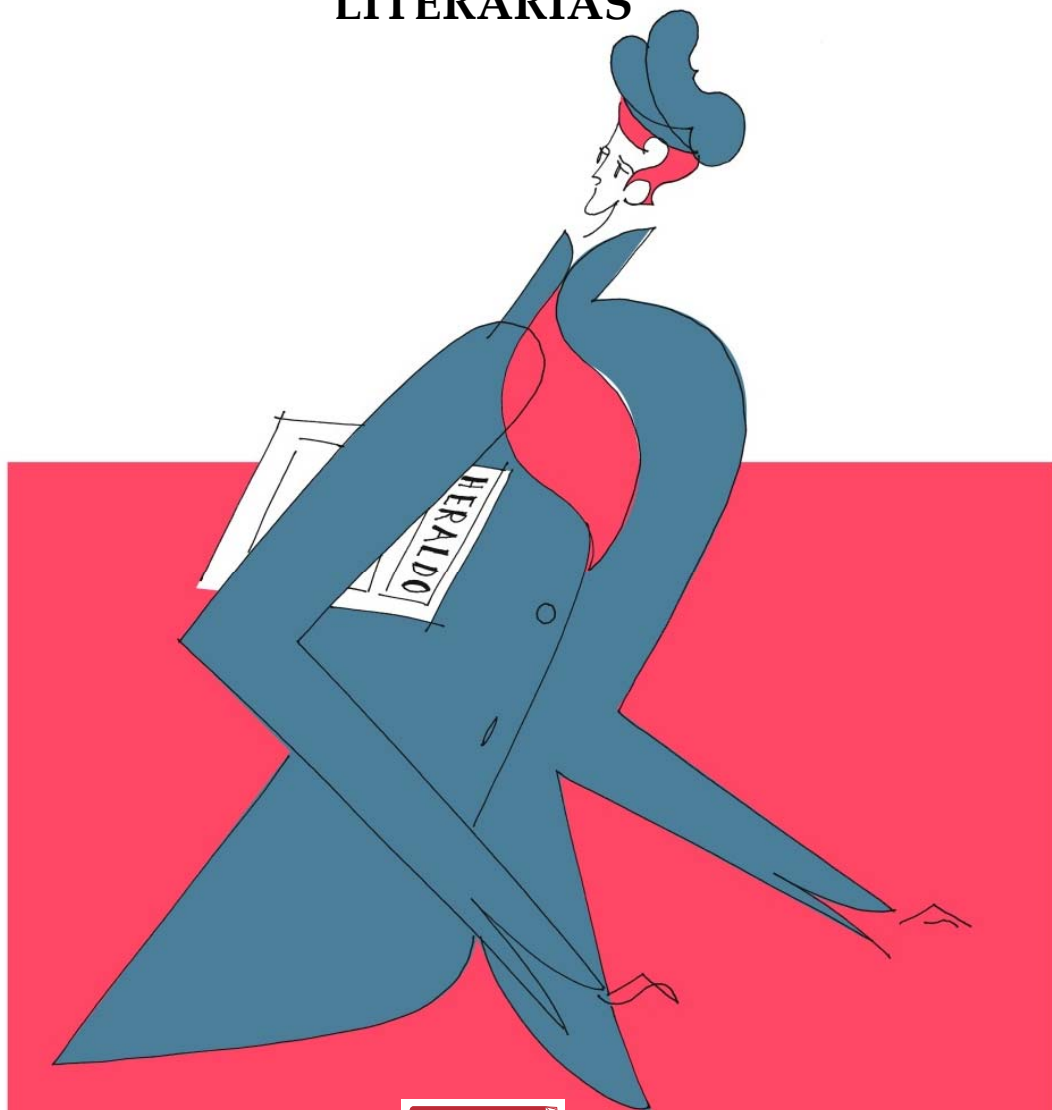
Ese conflicto interno, que atravesó la historia de la revista de principio a fin, fue el que, en buena medida, determinó el fracaso del proyecto y el que unido a ciertas dificultades materiales, llevó al propio Goytisolo, a Plinio Apuleyo Mendoza y a Mario Vargas Llosa –quienes habían llevado la batuta del proyecto en los últimos números- a decidir su cierre tras la publicación de sus cuatro únicos números¹⁰. Pero más allá de las contingencias coyunturales a las que el proyecto se enfrentó, podemos leer su trayectoria como una condensación metonímica de buena parte de las tensiones que antenazaron al campo literario latinoamericano a finales de los sesenta y principios de los setenta. Y, claro, como una exploración de las condiciones de enunciabilidad crítica y estética en un momento de conflicto en torno a la figura, la función y el rol a desempeñar por los intelectuales y los actores culturales.

¹⁰ Así lo explica Juan Goytisolo: “Las crecientes dificultades causadas por los gastos de impresión y envío a Hispanoamérica, la prohibición de venta en España y demás regímenes dictatoriales, el boicot cubano, las disensiones internas y nuestra manera artesanal y un tanto chapucera de llevar las cosas se agravaron a lo largo de 1972 hasta acabar con *Libre*. Las ofertas de ayuda económica que recibimos suponían el abandono de nuestra independencia y, de mutuo acuerdo, Vargas Llosa, Plinio y yo preferimos liquidar la revista. Después de casi dos años de esfuerzos, tensiones, discordias, éxitos fugaces y abundantes reveses, tuvimos que admitir con melancolía que nuestra ambiciosa aventura había sido un fracaso” (1986, p. 195).

BIBLIOGRAFÍA:

- DONOSO, José (1998), *Historia personal del boom*. Madrid, Alfaguara.
- FRANCO, Jean (2003), *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la guerra fría*. Barcelona, Lumen.
- GILMAN, Claudia (1996), "Intelectuales 'libres' o intelectuales 'revolucionarios'. El caso de la revista *Libre*: política y cultura sobre un campo minado". En *Le discours culturel dans les revues-latino-américaines de 1970-1990. América. Cahiers du CRIC-CAL* 15-16, pp. 11-20.
- GILMAN, Claudia (2003), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, S.XXI.
- GOYTISOLO, Juan (1986), "El gato negro de la rue de Bièvre" *Los reinos de Taífa*. Barcelona, Seix Barral, pp. 155-198.
- MUDROVICIC, María Eugenia (1997), *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- PERIS BLANES, Jaume (2009), "La *Policrítica* de Cortázar: la autonomía de la literatura ante las exigencias de la revolución" *Hesperia: Anuario de filología hispánica* 12/ 2, pp. 89-105.
- SARRIÀ BUIL, Aránzazu (2005), "*Libre* (1971-1972): más allá del exilio español" *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel* (Jean-Michel Desvois, ed) Burdeos, Université Michel de Montaigne, pp. 475-488.
- VVAA (1990), *LIBRE. Revista de crítica literaria (1971-1972)*. Edición facsmilar. Madrid / Méjico, Ediciones Turner / El equilibrista.

LETRAS LIBRES
DE UN REPERTORIO AMERICANO:
HISTORIA DE SUS REVISTAS
LITERARIAS



Vicente Cervera Salinas

María Dolores Adsuar Fernández

(coordinadores)

LETRAS LIBRES
DE UN REPERTORIO AMERICANO:
HISTORIA DE SUS REVISTAS
LITERARIAS

Universidad de Murcia

2015

Letras libres de un repertorio americano. Historia de sus revistas literarias / Vicente Cervera y M^a Dolores Adsuar (coords). Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2015.

905 p.

ISBN:

1^a edición, 2015

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

© Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos (AEELH)

© Los autores

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2015

Ilustración de cubierta: Ciskox.



ISBN:

Depósito legal:

Impreso en España – Printed in Spain